

Fernández, Víctor Manuel

De la multiplicidad de espiritualidades a las cumbres de la vida espiritual

Revista Vida Pastoral N° 244, 2003

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *De la multiplicidad de espiritualidades a las cumbres de la vida espiritual* [en línea]. *Vida Pastoral*, 244 (2003) <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=84> Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/multiplicidad-espiritualidades-cumbres-vida-espiritual.pdf> [Fecha de Consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en:

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=84>

Espiritualidad

De la multiplicidad de espiritualidades a las cumbres de la vida espiritual

Autor: [Víctor Manuel Fernández](#)

La propuesta del presente artículo consiste en plantear, de un modo nuevo, en qué consiste el crecimiento espiritual y qué sería hoy pasar de la multiplicidad de la vida a las cumbres de la vida mística.

La multiplicidad se ha acrecentado formidablemente en el mundo actual; todo se modifica rápido y, velozmente, entramos en comunicación con experiencias de cualquier lugar que antes eran lejanas y extrañas. Por eso ya no es posible pensar una espiritualidad inmutable e igual para todos.

La irrepitible individualidad y la alianza personal

La valoración de la multiplicidad implica respetar la diversidad de seres humanos. Cada persona es única, irrepitible y directamente querida por Dios. Eso es lo que se quiere expresar al decir que cada ser humano tiene un alma directamente creada por Dios.

Esto nos obliga a pensar que hay también, para cada uno, una espiritualidad única e irrepitible, que surge de la relación exclusiva que Dios establece con cada ser humano. Cada uno encontrará gustosamente el camino que mejor se adapte a su riqueza personal. El mundo de hoy necesita una espiritualidad abierta, rica y adaptable:

"Una espiritualidad que deje libertad para experimentar una diversidad de formas de oración y de culto que la nueva movilidad vital hace posible y necesaria; una espiritualidad que tome en cuenta aquello que se encuentra en lo profundo de las experiencias personales y sea flexible ante ellas y ante todo lo que tenga validez para cada uno de los individuos" (D. Rhymes).

Ya explicaba Juan de la Cruz, en su *Cántico Espiritual*, que hasta las experiencias espirituales más unitivas, se realizan en cada uno de un modo peculiar y único: "a unos en una manera y a otros en otra" (CE 4, 2). Dios es siempre un misterio y *también lo es nuestra relación con él*; es inabarcable y único el camino que Dios realiza en nuestra historia personal. Hay, detrás de cada experiencia de este mundo, una "inmensidad admirable" que se descubre allí, pero "sin acabarse de descubrir, que aquí se llama *no sé qué*, porque no se sabe decir" (CE 7, 1). Por eso los esquemas morales y espirituales que pretenden encuadrar la vida concreta de un individuo, muestran su pequeñez e insuficiencia ante el misterio de los inabarcables designios que Dios tiene para la propia vida, única, irrepitible, e incontrolable para cualquiera que no sea él.

En esta purificación, todo lo que hemos aprendido y todo lo que nos ha enseñado la Iglesia se nos hace insuficiente y nos deja un "no sé qué" que no terminamos de saber.

La Iglesia misma reconoce esa desproporción entre su enseñanza objetiva y el misterioso camino de cada persona cuando dice que puede hablarse de "pecado grave, entendido *objetivamente*", pero sin poder juzgar de la *imputabilidad subjetiva* (PCTL, Declaración del 24/06/2000, punto 2ª). Por eso decía san Pablo: "Ni siquiera yo me juzgo a mí mismo" (1Cor 4, 3).

También Tomás de Aquino advertía este misterio al afirmar dos cosas:

la voluntad de Dios se hace tanto más confusa "cuando más se desciende a los particulares" (*Suma Teológica* I-II, 94, 4; cfr. 94, 5). Que alguien es fiel al proyecto de Dios para su vida cuando, amando sinceramente, "quiere lo que Dios quiere que quiera" (*Suma Teológica* I-II, 19, 10), más allá de su correspondencia o no con los dictámenes de determinado sistema moral (aunque éste sea inobjetable en el orden de los principios generales).

El Evangelio puede promover el desarrollo de valores nuevos o poco presentes en un sector del mundo. Pero la Iglesia nunca deja de escuchar la insistente invitación de Jesús a la paciencia y la misericordia (cfr. Lc 5, 29-32; 11, 46; 15; 16, 4; 17, 4; 18, 9-14; Mt 5, 21-22; 7, 3-4; 9, 13; 18, 32-33; 20, 15) y se deja exhortar por el Maestro: "Sean compasivos como el Padre celestial es compasivo. No juzguen y no serán juzgados. No condenen y no serán condenados" (Lc 6, 36-37).

La comunidad eclesial procura que la libertad de cada ser humano sea educada, sanada y regenerada. Pero es madre, y debe contener a todos, en cualquier momento del camino en que se encuentren. El crecimiento espiritual y el desarrollo de la conciencia moral son procesos, generalmente lentos, en los que la gracia de Dios trabaja con la libertad débil del hombre, sin violentarla (*Navega mar adentro*, 79). Se trata de una libertad llena de condicionamientos que muchas veces disminuyen o anulan la responsabilidad de las acciones (cfr. *Catecismo de la Iglesia católica*, 1735). Las semillas del Espíritu van germinando también en medio de la cizaña (cfr. Mt 13, 24-30) de un modo misterioso, que no siempre puede ser apresurado ni medido con criterios externos (cfr. Mc 4, 26-32).

Así se desarrolla la alianza peculiar que Dios establece con cada persona. Misterio ante el cual hay que rendirse confiadamente. Por eso no podemos pensar en la posibilidad de proponer para todos una única, idéntica e invariable espiritualidad. Así como hay un camino diverso para cada uno, hay también una espiritualidad única para cada ser humano y la propuesta de múltiples y variadas formas que a su vez son reelaboradas por cada uno, es el mejor modo de respetar esta realidad insoslayable.

Límite y provisoriedad

Bajo esta luz se entiende mejor el discernimiento que ha de acompañar a todo proceso de penetración espiritual, y que puede implicar también un momento de purificación. La purificación no es una lucha directa contra determinados antivalores insertos en algún sector del mundo. Consiste, ante todo, en estimular el crecimiento de los valores de tal sector, extrayendo todas sus potencialidades, de manera que ese mismo crecimiento vaya manifestando la inconveniencia de los antivalores. La purificación se

inserta, entonces, en un dinamismo más amplio de "promoción". De todos modos, siempre deberá haber una kénosis, un abajamiento, una aceptación de los límites a los que uno se ve sometido cuando ama y se introduce en la vida del amado. El mismo Hijo de Dios "siendo rico se hizo pobre por nosotros" (2Cor 8, 9), "se anonadó a sí mismo tomando la condición de servidor" (Flp 2, 7).

Hemos de aceptar que ciertos males objetivos suelen tener, en determinados contextos culturales, un altísimo valor simbólico que nos resulta difícil percibir y valorar pero, aún así, puede iniciarse un lento camino que procure encontrar otras mediaciones más sanas. Sólo así es posible desarrollar una espiritualidad verdaderamente asumida, desde sus propias pasiones, por las personas que queremos iluminar. Este camino de respeto por las diversas situaciones siempre dará resultados más auténticos y profundos (aunque más lentos) que la imposición de una espiritualidad "perfecta, completa y maravillosa".

La variedad de propuestas espirituales, por otra parte, debería responder a la sensibilidad del ser humano actual, sin pretender insertarlo en un estilo espiritual propio de una cultura del pasado. Estamos llamados a ser fieles al Evangelio, siempre actual, pero no a formas culturales de espiritualidad de otros siglos. La misma religiosidad popular, conservando notas del pasado, es siempre dinámica, y encuentra nuevos modos de expresión, como todo producto espontáneo de la acción del Espíritu. Por eso la espiritualidad cristiana, insertándose en el tejido humano, asume el riesgo de la historia, de la precariedad y de la provisoriedad. El Hijo de Dios, al encarnarse en la cultura judía del siglo primero –porque no podía vivir como auténtico hombre caminante sin una cultura propia– corrió el riesgo de ser captado imperfectamente por sus discípulos de otras regiones y de otras épocas. Si nosotros imitamos esa actitud, entonces asumiremos las formas de expresión espiritual de nuestro tiempo, aunque tengan sus riesgos, más que las formas de épocas pasadas, que también tenían sus riesgos. No queremos decir que hay que negar las riquezas del pasado –lo cual sería otra manera de cerrarnos a la amplitud del Espíritu–, sino asumirlas desde la sensibilidad contemporánea en una nueva síntesis llena de variedad y de riqueza. En el fondo, aquello que permanece siempre válido, es lo que todavía consigue despertar nuestro amor por Cristo y su Evangelio, como sucede, por ejemplo, cuando leemos algunos escritos de san Agustín o cuando contemplamos el modelo de san Francisco de Asís. De cualquier manera, también la síntesis espiritual que cada comunidad y cada persona logren realizar hoy, tendrá una marcada nota de provisoriedad, y estará llamada a una permanente actualización. Estamos inmersos en un "clima de provisoriedad" del cual tampoco la espiritualidad puede escabullirse.

Variedad de motivaciones para transformar las estructuras de pecado: hacia el nuevo "matrimonio espiritual"

El camino espiritual personal, acudiendo a la variedad de propuestas que hoy se nos ofrecen, apunta a lo más alto de la vida mística. Pero hoy ya no entendemos esa altura como una experiencia privatizada y solitaria, sino como una riqueza interior que alimenta, de modos variados, nuestro empeño creativo por construir la historia.

Las múltiples propuestas espirituales deberían ser distintas motivaciones, recursos, prácticas y formas de orar que, ayudándonos a unirnos con el Dios amante, fortalezcan y den sentido a la lucha fervorosa por cooperar con él en la construcción de un mundo más bello, justo y fraterno, sabiendo que así la propia vida dará gloria a Dios. Porque hoy a los cristianos se nos plantea la ineludible exigencia evangélica de organizarnos

para responder activamente al clamor del necesitado y para coadyuvar a que viva de acuerdo a su inmensa dignidad. Más penetramos en Dios cuando más nos dejamos impulsar por él a la solidaridad con sus preferidos; se trata de no cauterizar los oídos ante la insistente pregunta que el Padre Dios nos dirige cada vez que le rendimos culto: "¿Y dónde está tu hermano?" (Gn 4, 9).

Pero la respuesta ante las estructuras injustas que nos superan no es sólo un intento aislado de cada uno para ser fiel a Dios. La acción de la gracia tiende a desarrollar actitudes que contagien y provoquen una novedad social, asumiendo un tipo de espiritualidad que mueva a debilitar las estructuras de pecado social. E. Dussel explica cómo, en el contexto actual, esto no implica una revolución, pero sí un proceso de transformación que terminará cambiando todo el sistema. Participando de ese proceso el cristiano no es simplemente reformista sino verdaderamente transformador.

No hay que olvidar que, junto a la "conversión social" que se pide a todos y cada uno, la Iglesia habla de la necesidad de crear un nuevo "sistema de mecanismos" que permita modificar la otra red de mecanismos sociales que el Documento de Medellín describía como "cristalizaciones del pecado en estructuras injustas" (*Medellín*, Justicia I, 2).

Hay un último desarrollo de la conversión, al cual se llega con mucha dificultad, que se llama "conversión estructural". A este punto culminante, más que al llamado "matrimonio espiritual", tendría que aspirar el crecimiento místico de los cristianos. Cuando la espiritualidad se convierte en un dinamismo comunitario que llega a transformar las estructuras de pecado, entonces sí ha alcanzado su pleno y más integral desarrollo. Esto sería absolutamente indiscutible si se recordara que la expresión más perfecta del amor a Dios es la misericordia (*Suma Teológica*, II-II, 30, 4), que no se realiza tanto en ocasionales limosnas, sino más bien en la humanización de la sociedad, haciendo el mundo más habitable para los pobres; *conversión significa revisar todos los ambientes y dimensiones de la vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común (Ecclesia in America, 27)*.

Si un creyente no coopera con este dinamismo del Espíritu que tiende a transformar el mundo –al menos con su deseo y su intercesión– encierra su espiritualidad en límites muy estrechos, dificultando su crecimiento. No hay que olvidar que lo que más limita el crecimiento de la vida espiritual es la falta de interés ante las dificultades de los demás. Ese es el núcleo de sentido de fuertes afirmaciones bíblicas como las siguientes:

"El que dice que está en la luz pero no ama a su hermano está todavía en tinieblas... El que no ama a su hermano está en las tinieblas y camina en la oscuridad, sin saber a dónde va" (1Jn 2, 9. 11). "Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte" (1Jn 3, 14). "Si alguien vive en la abundancia y viendo a su hermano padecer necesidad le cierra el corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios?" (1Jn 3, 17).

Esto nos lleva a sostener que, si bien la vida del Espíritu puede permanecer en una persona con escasa sensibilidad social, esa vida sólo puede crecer en profundidad e intensidad en la medida en que ese corazón se abra a los demás: no hay crecimiento intensivo en la unión íntima con Dios si el creyente se resiste a explayar esa vida hacia fuera porque la intensidad del dinamismo espiritual sólo se manifiesta con claridad

cuando logra movilizar a otros creando una red de solidaridad que contrarreste la fuerza negativa de los pecados sociales.

En el orden de la espiritualidad se ha desarrollado un mercado religioso que la reduce a un artículo de consumo y propone una religiosidad carente de auténticos compromisos amorosos. Estas propuestas globalizadas pueden distorsionar o debilitar los mejores valores de la religiosidad popular. Por eso, un desafío que se plantea más directamente a la Iglesia en este momento es el de captar la sed espiritual del pueblo, valorando su modalidad propia, ofreciéndole vías de expresión y reorientando permanentemente esa apertura hacia un cristianismo integralmente vivido, comprometido en las exigencias evangélicas de fraternidad y de justicia. El encuentro con Cristo se convierte en *punto de partida para una auténtica conversión y para una renovada comunión y solidaridad (EA, 12)*.

Orar, amar y discernir transformando el mundo

El modelo no es la espiritualidad de los monjes o los frailes copiada de manera imperfecta y limitada en los demás estados de vida. Partiendo de tal error llegamos a decir que la vida laical, una actividad misionera intensa o la vocación sacerdotal no tienen una espiritualidad propia y que son un mal necesario. Creemos que no queda más solución que tratar de vivir pequeños momentos de perfección monástica en el tiempo limitado que deje una actividad tan desgastante. Pero no hablamos aquí de una especie de "consagración del mundo" que sólo consista en insertar pequeños instantes de oración privada en los intervalos y respiros que nos otorgue nuestra misión. Tampoco se trata de bendecir con buenas intenciones o de consagrar desde afuera, sino de vivir hasta el fondo el dinamismo encarnatorio del Evangelio, con fidelidad en la competencia y en el empeño de la profesión y de cualquier tarea, lo cual abraza también "un movimiento de presencia, como proceso de participación, en contraposición a una política de gueto; una actitud de encarnación, en contraposición a una mentalidad que se aleja de la historia real; un movimiento de apertura, en contraposición a una política de cerrazón, reclusión o exclusión" (B. Secondin).

Proponemos un camino que, en apariencia, es mucho más largo porque, en cierto sentido, es más rápido buscar la unión con Dios en la soledad liberada de perturbaciones e interrupciones externas. Pero puede ser altamente engañoso, ya que las sensaciones internas, las supuestas experiencias íntimas, pueden ser sólo un camino de autosatisfacción que nos dispensa del dinamismo de encarnación en el mundo, haciéndonos sentir superiores a la masa "superficial" que sobrevive en medio de las tensiones externas. En cambio, llenar de sentido y fuerza espiritual la actividad, vivir la trascendencia en la misma experiencia mundana, es un camino más lento y largo pero más sano, seguro, profundo e integrador, porque unifica *todo* lo que la persona es en su unión de amor con Dios. Este dinamismo amoroso no integra sólo una interioridad secreta, sino también la relación con los demás, el trabajo, el cuerpo y el trato con las realidades materiales. La eucaristía es un signo precioso, ya que, como indica Juan Pablo II, "se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo; ella une el cielo y la tierra, abarca e impregna toda la creación" (*Ecclesia de Eucharistia*, 8).

Esto implica que no consideremos solamente los momentos de soledad como espacios únicos para discernir sobre nuestro modo de vivir la actividad, sino que *en la misma actividad* intentemos vivir un constante, sereno y sincero discernimiento de nuestras actitudes, motivaciones y sentimientos. Porque Dios habla y ofrece su amor también *en medio* de la actividad a la cual él mismo nos envía. Hay "una llamada que Dios hace

oír en una situación histórica determinada. En ella y por medio de ella Dios habla al creyente" (*Pastores dabo Vobis*, 10). Hay cosas que él dice "en una determinada circunstancia", y que requieren una "sensibilidad espiritual" (*Evangelii nuntiandi*, 43) vivida en la misma actividad mundana. El Espíritu otorga permanentemente luces e impulsos que hay que acoger con docilidad en medio del trajín y el vértigo de la acción; la presencia de Cristo resucitado es tan real en medio de la misión que cumplimos como en los momentos de silencio y quietud. Por otra parte, la respuesta a esos llamados, mociones, impulsos y signos de amor que Dios da en medio de la existencia, debe darse en medio de la actividad y en el encuentro con los demás. ¿Cuántas veces creemos que amamos a alguien cuando lo recordamos, lo perdonamos y lo integramos en la oración privada, pero luego, al encontrarlo en la calle descubrimos que todo sigue igual en nuestras actitudes? La verdadera transformación espiritual se plenifica y se constata en la acción y en el encuentro con el mundo.

Juntos es más fácil alcanzar las cumbres

Pero todo lo dicho puede mantenernos dentro de esquemas erróneos si lo entendemos de un modo individualista. Porque si soy yo solitariamente quien trata de transformar el mundo con profundidad espiritual, entonces sigo dentro del esquema "Dios y yo". El mundo externo pasa a ser sólo un medio para ejercitar mi perfección individual, o un medio para un crecimiento individual. Si es así, no se realiza de verdad el dinamismo de la encarnación, no se entrelaza la propia vida en una verdadera alianza con la vida del mundo. Para que se produzca un cambio real de paradigma es necesario acoger la acción del Espíritu que trasciende las preocupaciones y las opciones de cada uno en su pequeño mundo porque, además, existe una realidad que resulta de la conexión de las múltiples opciones de las distintas personas y sociedades. Otra vez aparece la multiplicidad de la que hablamos.

Sabemos que el bien común no es sólo la suma de los bienes particulares, sino que implica un *plus*, en el que hay bienes que nos superan como individuos porque resultan de la *conjunción* de muchas decisiones y actividades de distintas personas. La realidad es que las acciones de los demás siempre nos modifican de alguna manera. El encuentro entre las personas es un entrecruzamiento de ámbitos, un entrelazado que va creando un ámbito más amplio. Cuando ese ámbito es la sociedad entera, donde un individuo aislado parece tener muy poco poder de decisión y de influencia, cabe advertir que la gracia puede también actuar a un nivel interpersonal y suprapersonal, porque "el Espíritu Santo posee una inventiva infinita, propia de una mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables". (Juan Pablo II, Cateq. del 24/04/1991).

Esto exige que las personas estén dispuestas a una cooperación *comunitaria* con ese impulso de la gracia, que puede traer una salida a intrincados problemas sociales. De ese modo, por ejemplo, lo que el Espíritu suscitó a través de Luther King, pudo producir un cambio decisivo en la sociedad porque hubo una fuerza *comunitaria* disponible para secundar ese influjo del Espíritu. No bastaba la buena voluntad de algunos individuos aislados. Hacía falta construir una trama social que cooperara con la iniciativa de la gracia. Lo mismo podemos decir de los movimientos ligados a Francisco de Asís, la Madre Teresa de Calcuta y otros. En cada uno de ellos la espiritualidad cristiana ha alcanzado una cumbre.